



## Capítulo 496: Un nuevo jugador.

El cielo en esa dimensión no era ni azul ni gris, sino teñido de un tono que recordaba a la tinta derramada sobre papel de arroz: suaves tonos lilas y dorados, como si la eternidad descansara suspendida allí. La brisa agitaba lentamente las hojas de los cerezos que florecían sobre las montañas lejanas, y el sonido de una campana lejana reverberaba, marcando una época que no era humana.

En el balcón de madera barnizada, apoyado contra la barandilla, estaba el hombre. Alto, de complexión impecable, vestía un kimono azul oscuro bordado con sutiles patrones de dragones y nubes, tan refinado que parecía pertenecer a una época olvidada. Su rostro era de una belleza dura, casi cruel, como una espada pulida para reflejar los secretos del mundo. Su largo cabello, negro como la noche misma, estaba atado en un sencillo moño, sostenido por una vara de jade.



Observó el paisaje como si leyera un poema escrito por la propia naturaleza. Los lagos de abajo reflejaban las montañas y las flores, y los techos de los templos rojos se elevaban como guardianes silenciosos contra el cielo quieto. Nada en ese mundo parecía pertenecer al caos de los mortales. Aquí sólo había disciplina, silencio y orden.

Detrás de él, arrodillado sobre la estera del tatami, estaba su subordinado. Mujer de rasgos delicados, piel blanca porcelana, cabello atado en un moño bajo adornado con un sencillo adorno de madera. Su kimono era gris, marcado por una faja negra que indicaba sumisión. Su postura era impecable: la espalda recta, las manos apoyadas en los muslos y los ojos bajados en reverencia.

El silencio duró largos minutos, como si incluso el viento estuviera esperando permiso para soplar. Finalmente, la mujer habló:



"Maestro... Traigo noticias del inframundo."

El hombre no se dio la vuelta, pero sus ojos se entrecerraron ligeramente, intencionado.

"Hablar."

Su voz era profunda, tranquila, pero cargada de una autoridad que no necesitaba ninguna afirmación.

El subordinado respiró profundamente antes de responder:

"El quinto rey demonio... Virgilio Lucifer... no ha sido visto en el inframundo durante más de ocho meses. Ninguno de sus movimientos ha sido detectado. No hay registros, ni avistamientos, ni rastro de su presencia."

El hombre arqueó una ceja, todavía mirando las montañas.

"El quinto rey..." repitió en tono meditativo, como si saboreara una palabra amarga. "Curioso. Un rey demonio sin dominio, sin territorio, sin legiones... y, sin embargo, se nota su ausencia."

Cerró los ojos por un momento, dejando que el silencio llenara el espacio. Cuando volvió a hablar, su voz estaba plagada de un desdén casi imperceptible:

"Los demonios han perdido su disciplina. Reyes que no gobiernan. Reinas que se esconden. ¿En esto se ha convertido el inframundo?"

La mujer tragó fuerte antes de continuar:



"Maestro... no es sólo el Rey Virgilio Lucifer. Otras figuras importantes también han desaparecido."

Finalmente giró ligeramente la cabeza, como si la curiosidad hubiera superado su aburrimiento.

"¿Oh?"

Bajó aún más la cabeza, con la voz baja como un susurro.

"Las reinas Raphaeline Baal, Sapphire Agares y Stella Sitri... también están desaparecidas. Sin vista, sin contacto, sin señales. Es como si hubieran desaparecido del tablero."



Un leve destello de interés apareció en los ojos del hombre. Apretó las manos a la espalda y caminó lentamente hasta el borde del balcón, con sus pasos en silencio sobre el bosque. Cuando volvió a hablar, había algo peligroso en su voz:

"Tres reinas y un rey... desaparecidos al mismo tiempo."

La subordinada continuó, con la cabeza todavía agachada:

"Y no sólo eso. El clan Gremory también ha cerrado sus fronteras. La reina Cabernet Gremory ha cerrado completamente el territorio." No hay entrada. No hay salida.

El hombre soltó una risa baja y fría, como el viento cortando una cuchilla.



"Fascinante."

Hizo una pausa y miró hacia el paisaje dorado.

"Dime, ¿qué opinas de esto?"

La mujer dudó. Sus labios se movieron, pero no salieron palabras. Cuando finalmente habló, su voz estaba cargada de cautela.

"Es posible... que estén recluidos. Quizás entrenando, quizás preparando algo en secreto. O... simplemente desaparecieron, cayeron a un destino desconocido para nosotros."

El hombre cerró los ojos por un momento, saboreando las posibilidades.

"Entrenar en silencio... o huir de algo más grande que ellos mismos. Ambos son signos de debilidad."

Se giró ligeramente y miró a su subordinado con ojos que parecían perforar carne y alma.

"Pero extrañamente conveniente, ¿no? Que los cuatro, de tanta importancia, eligieron el mismo momento para desaparecer."

La mujer asintió en silencio.

El hombre, sin embargo, simplemente suspiró. Sus dedos tocaron la barandilla de madera como si dibujaran símbolos invisibles.



"Sigue observándolos. Quiero informes constantes."

"Sí, maestro."

El silencio reinó de nuevo, roto sólo por el suave sonido del viento contra los cerezos en flor. Pero entonces la subordinada se atrevió a alzar la voz una vez más.

"Maestro... ¿qué pasa con el youkai de Japón?"

Los ojos del hombre brillaban ligeramente.

"Hm. Los espíritus bestiales..."

La subordinada bajó aún más la cabeza, su voz casi ceremonial.

"Inari-sama... dio a luz recientemente. Ha nacido un nuevo kitsune."

Esta vez, el hombre se giró por completo. Su rostro estaba ahora bañado por la suave luz de la tarde dorada. Sus labios se curvaron en una sonrisa que no era ni alegría ni bondad. Fue la sonrisa de alguien que vio una clara oportunidad desarrollándose ante ellos.

Descendió de la terraza con pasos firmes, el dobladillo de su kimono se arrastraba ligeramente sobre la estera de tatami, y caminó para pararse frente al subordinado arrodillado. Él se inclinó y su mirada atravesó la de ella, obligándola a sentir el peso de su presencia.

"Un nuevo kitsune..." murmuró, como si fuera una revelación sagrada.  
"Entonces parece que ha llegado el momento."



Su sonrisa se ensanchó, fría como el acero recién forjado.

"Es hora de que empecemos a dominar el youkai."

La mujer tembló levemente, no de miedo, sino de reverencia. Bajó la cara hasta que casi tocó la colchoneta y respondió con firmeza:

"Sí, mi señor. Demonio celestial."

Cerró los ojos y absorbió el título. Demonio celestial. No era sólo un nombre. Era una frase.

El viento volvió a soplar, haciendo que algunos pétalos de flores cayeran por el aire. Bailaron a su alrededor, como si el mundo reconociera su autoridad.

